Cuadernos Americanos, núm 104 (2004), pp 33-42

Bolívar: entre la historia y la ficción*

Por *Lancelot* Cowie**

Bolívar: para escuchar tu nombre se inventó el silencio en la Tierra. Y el banderín celeste del arco-iris para anunciar al mundo tu Buena Nueva. Bolívar: voz de campana mayor en el amanecer de América.
Jorge Carrera Andrade, Cuatro estrofas a Bolívar[1]

Existe una nutrida bibliografía que destaca las gestas heroicas de Simón Bolívar y sus campañas emancipadoras en América Latina.[2] En esta corriente de pensamiento, los historiadores, los poetas, los biógrafos, roban la dimensión humana del héroe mediante un estilo ampuloso neoclásico. La lectura de la poesía de principios del siglo xix, como por ejemplo el *Romancero colombiano*, lo retratan con un tono de gesta épica y con una sobreabundancia de recursos clásicos propios de la época.

¡Bolívar! en mi arpa
no hay aceradas cuerdas
al temple de las notas
de tu inmortal poema;
mi canto es una sílaba
de admiración apenas
¡tu vida es una Ilíada
que pide trompa homérica![3]

* Trabajo presentado en el IV Coloquio "José María Arguedas" de Antropología y Literatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, unam, 7 al 10 de abril de 2003.

** The University of the West Indies, St. Augustine, Trinidad & Tobago. E-mail: <lancelotcowie@yahoo.com>.

[1] *Bolívar en la poesía hispanoamericana (Antología)*, Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, 1984.

[2] Véase por ejemplo *Simón Bolívar 1783-1830, Bibliografía básica*, Bogotá, cerlal, 1983.

[3] Rafael Núñez, "Bolívar providencial", Cartagena, 1883, en *Romancero colombiano, Homenaje a la memoria del Libertador Simón Bolívar en su primer centenario 1783-1883*, Bogotá, Imprenta de "La Luz", 1883, p.16. También Carmenza Kline, *Los orígenes del relato: los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez*, Colombia, ceiba, 1992, pp. 41-42.

La historia lo celebra en términos míticos, casi divinos. El presente estudio pretende abordar los aspectos cotidianos de la vida del Libertador como otro acceso al conocimiento de la figura de Bolívar que la historiografía ha relegado en mayor parte, y que proponen obras como *El insondable* de Álvaro Pineda Botero, *La ceniza del Libertador* de Fernando Cruz Kronfly y *El General en su laberinto* de Gabriel García Márquez.

La coincidente caracterización de las tres novelas analizadas en torno a la figura del prócer molesta a algunos críticos por el marcado declive físico, moral y espiritual que los narradores resaltan con toda humanidad y lirismo:

> No encuentro correcto ver a Bolívar fuera de óptica. A los hombres grandes hay que mirarlos, decía un político, como a las pinturas al óleo: en la distancia indispensable [...] Una cosa es "bajar del pedestal" a Bolívar para sopesar la vigencia de su pensamiento revolucionario y auténtico y colocarlo al lado de su pueblo, y otra disminuirlo, o sacar provecho de flaquezas en momentos de decaimientos físicos y espirituales. Además, nada de gracia encuentro [...] como lo describen los historiadores de bragueta y telenovelas, capaz de aprovecharse del solar amigo para seducir anfitrionas.[4]

En consecuencia, rescatamos para el análisis tres núcleos temáticos: *a)* la relación entre estas novelas históricas y la historiografía en cuanto a la multiplicidad de datos tomados y reelaborados por los novelistas a partir de fuentes comprobables; *b)* la caracterización del Libertador inmerso en su cotidianeidad como un rasgo fundamental que, entre otros aspectos, destaca la vida amatoria del héroe y su ideología; *c)* la naturaleza como personaje romántico y recurso trágico que patentiza la amargura de Bolívar y lo acompañaen su rumbo hacia el destino último.

En *El insondable* diferentes voces narrativas (incluyendo la voz autoral) intervienen para resaltar los aspectos clave de la vida del prócer. Allí no hay un viaje fluvial como el plasmado en las otras novelas mencionadas. El deterioro físico, el desencanto, las reflexiones y experiencias alucinatorias ocurren en el paradero final de Santa Marta. De mayor prominencia es el primer viaje de Bolívar a Europa en el *San Ildefonso* en 1799 con escalas en México y Cuba.[5] La narración se

[4] José Consuegra Higgins, *Las ideas económicas de Simón Bolívar*, 4ª edición, Barranquilla, Colombia, Universidad Simón Bolívar, 2000, p. 71. Véase también María Cristina Pons, *Memorias del olvido: la novela histórica del siglo xx*, México, Siglo xxi, 1996, pp. 162-163.

[5] Para mayores informes sobre el buque véase Tomás Polanco Alcántara, *Simón Bolívar: ensayo de interpretación biográfica a través de sus documentos*, Caracas, 4ª edición venezolana, 1997, pp. 44-45, para detalles sobre este viaje *cf.* Rafael Fuentes Carballo, *El navío San Ildefonso*, Publicaciones de la Embajada de Venezuela, 1974.

destaca por una plétora de detalles sobre las peripecias sensacionales del Libertador en Europa,[6] el roce con destacados intelectuales como Humboldt[7] y con la burguesía frívola de la época. Pineda Botero, como sus coterráneos Cruz Kronfly y García Márquez, sigue las pautas de la novela histórica con leves distorsiones del acontecer histórico. Un episodio significativo de reescritura de las fuentes es la conjura de algunos masones en 1797, que según Pineda Botero termina con un ajusticiamiento cruel y dramático que desmiente la versión historiográfica. "En todo caso, Gual y España y otros masones fueron apresados, sometidos a tortura y condenados a muerte. Sus cuerpos descuartizados fueron exhibidos en jaulas de hierro en la entrada de los pueblos".[8] La versión documentada dice sencillamente: "El 26 de octubre de 1800 muere Gual en Trinidad y el 9 de mayo de 1799 es ahorcado José María España en la Plaza Mayor de Caracas, como reo de alta traición".[9]

La laguna histórica que existe de la estancia de Simón Bolívar en México inspira el frondoso imaginario de Pineda Botero y García Márquez, que emulan el estilo de las crónicas de viaje. Ambos pasajes pecan por exceso en cuanto a la enumeración de datos, actividades del Libertador, el ambiente de México y detalles que lo asombran. Sin embargo, coinciden genialmente con un vaticinio final sobre el Libertador. En el primer caso, un narrador más moderado que cuestiona nos informa fehacientemente:

> Simón empacó con especial cuidado su uniforme de subteniente, color cielo, con franjas amarillas. Montaron sendos alazanes de la mejor caballeriza del puerto y muy de madrugada emprendieron el viaje acompañados por dos peones y una mula de carga. Cuatro semanas después regresaron trayendo una espesa crónica: la campiña mexicana es bastante árida y las jornadas de ida y regreso les parecieron interminables. Conocieron algunos pueblos. El paso por las sierras de Jalapa fue temerario. Están siempre cubiertas por una neblina espesa, pero el viajero adivina las arboledas colgantes sobre

[6] Para detalles sobre su estadía en Europa véase Jorge Zalamea, "Infancia y adolescencia de Simón Bolívar", en Jaime Tello, ed., *Como crece la sombra: antología bolivariana de escritores y artistas colombianos*, Bogotá, Banco de la República, 1980, pp. 195-224.

[7] Véase Álvaro Pineda Botero, *El insondable*, Bogotá, Planeta, 1997, pp. 247-248, 280-282, 269-271; Gabriel García Márquez, *El General en su laberinto* (1989), México, Diana, 1997, pp. 103-104. *Cf.* Alberto Miramón, *Bolívar en el pensamiento europeo de su época*, Bogotá, Banco de la República, ıı, 1980, pp. 35-53.

[8] Pineda Botero, *El insondable*, p. 59.

[9] Véase Reinaldo Rojas, *Hechos y personajes de nuestra historia*, Barquisimeto, Venezuela, 2000, p. 67.

> hórridos precipicios. ¿Cómo, hoy, después de tantos años, no ver en aquel viaje una prefiguración de los innumerables que el Caudillo ha tenido que emprender por toda la geografía de los Andes?[10]

Pero García Márquez, a pesar de escribir las fechas precisas del mismo viaje, es más fecundo y humorístico en el relato:

> La demora le dio tiempo de ir en coche hasta la ciudad de México, trepando casi tres mil metros por entre volcanes nevados y desiertos alucinantes que no tenían nada que ver con los amaneceres pastorales del valle de Aragua, donde había vivido hasta entonces "Pensé que así debía ser la luna", dijo. En la ciudad de México lo sorprendió la pureza del aire y lo deslumbraron los mercados públicos, su profusión y su limpieza, en los cuales vendían para comer gusanos colorados de maguey, armadillos, lombrices del río, huevos de mosco, saltamontes, larvas de hormigas negras, gatos de monte, cucarachas de agua con miel, avispas de maíz, iguanas cultivadas, víboras de cascabel, pájaros de toda clase, perros enanos y una especie de frijoles que saltaban sin cesar con vida propia. "Se comen todo lo que camina", dijo. Lo sorprendieron las aguas diáfanas de los numerosos canales que atravesaban la ciudad, las barcas pintadas de colores dominicales, el esplendor y la abundancia de las flores. Pero lo deprimieron los días cortos de febrero, los indios taciturnos, la llovizna eterna, todo lo que más tarde habría de oprimirle el corazón en Santa Fe, en Lima, en La Paz, a todo lo largo y lo alto de los Andes, y que entonces padecía por primera vez.[11]

Lo curioso es que —según observó Polanco Alcántara [12] no existe información documentada de su visita a México. Se conoce que el virrey en ese tiempo era don Miguel José de Azanza y que el señor oidor era Aguirre y los novelistas dan muestra de su conocimiento porque utilizan a ambos como personajes, muy especialmente García Márquez, que se mofa del encuentro con Bolívar:

[10] Pineda Botero, *El insondable*, p. 83.

[11] García Márquez, *El General en su laberinto*, pp. 226-227. *Cf.* la descripción de Pineda Botero sobre la ciudad de México, donde también se destacan los elementos que constituyen la grandeza de la ciudad. La visita al mercado y la profusa enumeración de los alimentos recuerda también la visita de Hernán Cortés al mercado de Tlatelolco y la descripción del mismo mercado de Bernal Díaz de Castillo en su *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, 2 vols., México, Porrúa, 1955, vol. I, cap. XCII, pp. 277-279, y en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac (Aclaraciones y rectificaciones por Eulalia Guzmán)*, tomo I, México, Orión, 1966, pp. 300-303.

[12] Polanco Alcántara, *Simón Bolívar* [n. 5], p. 47.

> El obispo, a quien fue recomendado, lo llevó de la mano a una audiencia con el virrey, que le pareció más episcopal que el obispo. Apenas si le prestó atención al morenito escuálido, vestido de petimetre, que se declaró admirador de la Revolución Francesa. "Pudo haberme costado la vida", dijo el general, divertido. "Pero tal vez pensé que a un virrey había que hablarle algo de política, y eso era lo único que sabía a los dieciséis años".[13]

Pineda Botero destaca más sintéticamente el humorismo de la situación, el fastidio de Bolívar por tanto oropel y su ingenuidad fingida a la hora de hablar con el virrey de la "conveniencia de difundir las ideas francesas por América".[14]

Una característica singular de *El insondable* es la inclusión de la voz de María Teresa, la esposa del Libertador, quien a través de su diario personal[15] presenta múltiples datos de su vida cotidiana y familiar en la finca bolivariana de Venezuela durante su efímera existencia. Destaca las relaciones amigables con sus esclavos y su dolor por ellos, su soledad y tristeza junto a algunos momentos de intimidad con su esposo. Las minuciosas descripciones de época adquieren un tono romántico y melancólico en el relato de las impresiones que a veces "no la dejan dormir tranquila". Este diario reclama en la novela un espacio que la historia borró y que el Autor, como personaje, se encarga de reafirmar críticamente en sus cortas pero incisivas intervenciones.

> El diario de María Teresa Rodríguez del Toro reposa en la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá, en los legados que el coronel Anselmo Pineda Gómez y sus sucesores le han hecho a esta institución. No parece que a la fecha de hoy el diario haya sido identificado por los investigadores y ni siquiera por los empleados de la biblioteca, pues aún no aparece en los catálogos. Lo ofrezco, pues, al lector, como una verdadera primicia.[16]

Luego de seguir la linealidad de los sucesos en las tres novelas, no cabe duda de que Gabriel García Márquez es quien más juega con el concepto de intertextualidad y la ruptura del tiempo cronológico. Cada suceso que en los documentos sólo se menciona le sirve al autor para

[13] García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 227.

[14] Pineda Botero, *El insondable*, p. 84.

[15] Obsérvese el estilo del diario personal como recurso literario principal en la novela de Luis Montaño, *Brenda Berenice o el diario de una loca*, México, Domés, 1985

[16] Pineda Botero, *El insondable*, p. 341. Para enfatizar la importancia del hallazgo y su autenticidad, el autor relata, como si abriera cajas chinas, todos los detalles de cómo, dónde, y cuándo encontró el diario personal, pp. 359-360, pero sorprende al lector con su declaración casi finalizando la novela.

elaborar con suma libertad creadora una extensa narración que nos ofrece una perspectiva humana de Bolívar. El baile en su honor en la última noche en Honda, sus piezas musicales favoritas[17] y su despedida al día siguiente que figuran en la crónica de Joaquín Posada Gutiérrez,[18] constituyen un motivo literario para recordar músicas, describir danzas y para rememorar melancólicamente sus tiempos de ágil bailarín: "Bailó tres horas, haciendo repetir la pieza cada vez que cambiaba de pareja, tratando quizás de reconstituir el esplendor de antaño con las cenizas de sus nostalgias. Lejos quedaban los años ilusorios en que todo el mundo caía rendido, y sólo él seguía bailando hasta el amanecer con la última pareja en el salón desierto".[19]

La entrega al gobernador Joaquín Posada Gutiérrez de una medalla con su perfil grabado y la despedida "con el sombrero"[20] son otros dos elementos que García Márquez dramatiza creando un ambiente que probablemente haya recordado de sus viajes juveniles[21] por el río Magdalena.[22] En verdad, *El General en su laberinto* nos invita por su lirismo y recreación de la figura del Libertador a revivir junto al protagonista el espíritu de la época y los ideales de la emancipación, y a imaginar a Simón Bolívar como un ser de carne y hueso en el crepúsculo de su vida.

[17] Pineda Botero, *El insondable*; *cf.* Carlos Pérez Ariza, *Pagadero al portador*, Madrid, Betania, 1997, p. 7. Cuando Francisco de Miranda también recuerda desde la soledad de la prisión los conciertos de música clásica interpretada por Mozart y Haydn: "Quisiera escuchar de nuevo la música de Beethoven" como la memoria auditiva del esplendor de su vida, pp. 447-448. También véase Lancelot Cowie, "El prócer caído: la elaboración artística de Francisco de Miranda en *Pagadero al portador* de Carlos Pérez Ariza", XVIII Congreso Internacional de Literatura del Caribe Hispanohablante, *Revisitando Nuestra Herencia Historia, Cultura y Nación en la Literatura Hispano-caribeña (1498-1998)*, The University of the West Indies, St. Augustine, Trinidad & Tobago, 1997, inédito.

[18] Véase Aníbal Noguera Mendoza, comp., *Crónica grande del río de la Magdalena*, Bogotá, Sol y Luna, 1980, vols. 1 y 2, pp. 376 y 377 respectivamente.

[19] García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 83

[20] *Cf.* la crónica de Joaquín Posada Gutiérrez donde atestigua que "poniéndome en la mano la medalla de oro de su busto, me dijo: 'Use usted este recuerdo mío en mi nombre'" y que dio su último adiós "con el sombrero en la mano", Noguera Mendoza, *Crónica grande del río de la Magdalena*, p. 377.

[21] Véase Kline, *Los orígenes del relato* [n. 3], pp. 301-304.

[22] Hay que destacar que Joaquín Posada Gutiérrez figura en las remembranzas de Bolívar en Pineda Botero, *El insondable*, pp. 238-236, al describir su episodio en Honda cuando el Libertador visitaba la Mina en Santa Ana. El diálogo mental con el gobernador señala el temperamento donoso del prócer; *cf.* García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 81

Todas las novelas consultadas presentan la fina educación que recibió Bolívar[23] pero Pineda Botero y García Márquez profundizan extensamente en las fuentes, las lecturas y los encuentros con intelectuales de la Europa de aquella época, los estudios de lenguas, botánica, mineralogía, geografía, zoología, arquitectura y arte. En *El General en su laberinto* se pondera su idiosincrasia de lector voraz[24] pero en *El insondable* esa distinción lo eleva sobre los otros "generalotes de provincia" dados a la violencia y al vicio.[25] La misma obra ofrece atisbos de su educación juvenil en el convento de San Francisco y su temperamento "arrogante, díscolo, desobediente, respondón, insolente, desatento, desaplicado".[26] Este pasaje, donde también muestra al joven Bolívar mezclado con los peones o jugando con los niños de otras castas, continúa la tendencia a humanizar al héroe. García Márquez da un paso más allá en este proceso cuando alude a sus antepasados africanos, recusando la tendencia de verlo como blanco europeo:

> Tenía una línea de sangre africana por un tatarabuelo paterno que tuvo un hijo con una esclava, y era tan evidente en sus facciones que los aristócratas de Lima lo llamaban El Zambo. Pero a medida que su gloria aumentaba, los pintores iban idealizándolo, lavándole la sangre, mitificándolo, hasta que lo implantaron en la memoria oficial con el perfil romano de sus estatuas.[27]

En este contexto el escritor se apega mucho a la iconografía de Espinosa y de Antonio Meucci, que lo retratan en las distintas etapas de su vida, aunque el Libertador de García Márquez se molesta con uno de los acabados de Meucci.[28] *El General en su laberinto* es la novela que presenta más cuadros patéticos y hasta esperpénticos del declive del prócer: "el vientre escuálido, las costillas a flor de piel, las piernas y los brazos en la osamenta pura, y todo él envuelto en un pellejo lampiño de una palidez de muerto, con una cabeza que parecía de otro por la curtimbre de la intemperie".[29]

[23] Además de las novelas analizadas en este trabajo, cabe destacar un pasaje similar en la novela póstuma de Francisco Herrera Luque, *El vuelo del Alcatraz*, Caracas, Santillana, 2001, p. 39.

[24] García Márquez, *El General en su laberinto*, pp. 100-101.

[25] Pineda Botero, *El insondable*, p. 189.

[26] *Ibid.*, p. 69. *Cf.* Mercedes M. Álvarez T., *Simón Rodríguez tal cual fue. vigencia perenne de su magisterio*. Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, 1977, p. 68.

[27] García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 86.

[28] Véase Enrique Uribe White, *Iconografía del Libertador*, Bogotá, Lerner, 1983, pp. 121-125, 138-139

[29] García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 187.

Cabe destacar los detalles prosaicos en enumerados pasajes sobre la gastronomía y la farmacopea que Pineda Botero y, en especial, García Márquez usan como recurso para que el propio personaje de Bolívar se exprese con humor:

> El párroco le llevó un medicamento preparado por el boticario de la casa. El general lo rechazó. "Si con un emético perdí el poder, con otro más me llevará Caplán", dijo.
> "Dígame una cosa, primo, ¿también usted me ve cara de muerto?".
> Ibarra, acostumbrado a esas maneras, no se volvió a mirarlo.
> "Yo no, mi general", dijo.
> "Pues está ciego o miente", dijo él.
> "O estoy de espaldas", dijo Ibarra.[30]

En contraste con esta situación patética también se lo presenta con robustez y estoicismo durante el proceso de sus dolencias.[31]

Hay consenso en las obras estudiadas con respecto a la generosidad del caudillo para con los humildes (que resultó en su propia penuria), a la cual se agrega su afecto por los animales y la naturaleza como rasgos que completan la caracterización humana del protagonista. Pero el talón de Aquiles de Bolívar, según lo retratan los novelistas, es su plena entrega a las mujeres como el típico romántico de Byron o Bécquer. Con la muerte de su mujer sucumbió a los encantos de múltiples damas[32] entre las que sobresale Manuela Sáenz por la defensa constante de sus principios y de su propia vida.[33] Los autores recurren a los delirios febriles de Simón Bolívar para delinear en el ensueño encuentros amorosos con las ex amantes o con mujeres inasibles que bajo la luz de la luna fomentan y destruyen la ilusión del amor.[34]

[30] *Ibid.*, pp. 119 y 168, respectivamente.

[31] García Márquez, *El General en su laberinto*, pp. 53, 55, 79, 81.

[32] García Márquez recuerda además a Miranda Lyndsay, pp. 84-91, 57-59, 135, donde también se destaca la colaboración de la joven Anita Lenoit, que se puede confirmar en Noguera Mendoza, *Crónica grande del río de la Magdalena*; y en Pineda Botero, *El insondable*, pp. 113, 325-326.

[33] Para más detalles sobre la relación de Simón Bolivar y una biografía de la vida de Manuela Sáenz véase Francisco Cuevas Cancino, *Bolívar en el tiempo*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1980, pp. 82-83 y J.B. Trend, *Bolívar and the independence of Spanish America*, The Bolivarian Society of Venezuela, 1951, pp. 184, 186-189, 208, 210. También Victor von Hagen, *Los amores de Simón Bolívar y Manuela Sáenz. La amante inmortal*, México, Diana, 1989.

[34] Véase como ejemplo Pineda Botero, *El insondable*, pp. 108-109.

El denominador común de estas novelas es el hondo lirismo donde la naturaleza sirve como espejo de la turbulencia del alma del Libertador. Las imágenes clásicas del romanticismo cobran vida en el mar tormentoso, los relámpagos y la noche producen sombras mortecinas que permean el último periplo fluvial de Simón Bolívar. En este aspecto Fernando Cruz Kronfly rebasa a los demás con sus brochazos líricos:

> Envuelto en una frazada de lana oscura tiene sin embargo en la noche el brillo de un objeto fantasmal. Afuera el viento sopla fuerte, agita la pompa del cabello, barre los pisos del sur donde alumbran grandes grietas amarillas de fuego visible y pólvora. Nunca como ahora la distancia entre el pasillo de los camarotes y el castillo de proa le parece tan grande. La noche es total, por reunir lo suyo, muestrario de pocas estrellas, nubes cargadas, lejanas azoteas de tiniebla, relámpagos y aquellas sombras como filetes de plomizos telones.[35]

Otro de los elementos que se reitera en las tres novelas es la imagen de los pájaros que tiñen la historia con un tono fatalista que acompaña al prócer en su viaje final[36] o que se convierte en un rasgo de estilo al enumerar "ese rosario de pájaros" que le atormentan en su delirio mortal.[37] Al seguir el tono romántico, aparecen en contraste los cuervos, presencia reiterada en Pineda Botero —"Nos miró con la agudeza de un cuervo"— y en García Márquez "empezaron a ver en las orillas de los pueblos las filas de mujeres que esperaban el paso de los champanes. 'Ahí están las viudas', dijo. El general se asomó y las vio vestidas de negro, alineadas en la orilla como cuervos pensativos bajo el sol abrasante, esperando aunque fuera un saludo de caridad".[38]

La exuberancia del paisaje[39] adquiere un profundo tono lírico en las narraciones convirtiéndolo en un personaje omnipresente en el correr de la historia, sobre todo como el paisaje de la despedida.

En términos generales, las novelas se apegan a la historiografía sobre Simón Bolívar y ofrecen una lectura amena y esclarecedora de la vida del héroe, que el lector puede seguir tanto en la ficción como en

[35] Véase Fernando Cruz Kronfly, *La ceniza del Libertador*, México, UNAM, 1995, p. 131. *Cf.* el tono fatalista de García Márquez, *El General en su laberinto*, p. 95: "El primer día de navegación pudo ser el último. Se hizo noche a las dos de la tarde, se encresparon las aguas, los truenos y los relámpagos estremecieron la tierra y los bogas parecieron incapaces de impedir que los botes se despedazaran contra los cantiles".

[36] Cruz Kronfly, *La ceniza del Libertador*, pp. 15, 18, 102, 106, 156.

[37] Pineda Botero, *El insondable*, pp. 191-192, 211-212, 222, 230.

[38] García Márquez, *El General en su laberinto*, pp. 219 y 105 respectivamente.

[39] Pineda Botero, *El insondable*, pp. 236-237.

la documentación histórica. Entendemos que la desacralización de Bolívar en una etapa de vulnerabilidad y decadencia física no opaca su heroicidad porque, sobre todo García Márquez, logra una presentación equilibrada entre sus momentos finales y sus remembranzas, generalmente por medio del humor. De tal manera el estoicismo con el cual enfrenta la muerte está a la altura de los sueños e ideales de un hombre pragmático y en pleno control de sus cabales, que reconoce a pesar de las explicaciones científicas que "la loca carrera entre sus males y sus sueños llegaba en aquel instante a la meta final [...] 'Carajos', suspiró. '¡Cómo voy a salir de este laberinto!'".